

LA JUVENTUD SALVADOREÑA.

REVISTA MENSUAL

DE LA

SOCIEDAD CIENTIFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

COMISIÓN REDACTORA:

Doroteo Fonseca,

Victor M. Jerez,

Francisco Dueñas.

ADMINISTRADOR Y EDITOR RESPONSABLE,

FERMIN BAYONA.

TOMO II. — NUMERO 6.

SUMARIO:

- I. Discurso, por Abraham Chavarría — II. El Trabajo y el Campo, por Josefa Carrasco — III. La Música, por Victor M. Jerez — IV. En el Album de la señorita C. C. (poesía), por Doroteo Fonseca — V. Reminiscencias, por Abraham Chavarría — VI. Tu libro de poesías (poesía), por Adolfo Castro — VII. Fé de erratas del Diccionario de la Academia, por Miguel de Escalada — VIII. A Dios, oda traducida por Adolfo Pierra y Agüero — IX. Notas — X. Miscelanea.



SAN SALVADOR—IMPRESA NACIONAL CALLE DE LA AURORA, 12.

Septiembre 20 de 1890.

PERSONAL DE LA SOCIEDAD.

JUNTA DIRECTIVA.

Presidente	D.	Doroteo Fonseca.
1 ^{er} Vocal	„	Rafael E. Chávez.
2 ^o „	„	Francisco Dueñas.
Tesorero	„	Adrián García.
Fiscal	„	Miguel Dueñas.
1 ^{er} Secretario	„	Juan Mena.
2 ^o „	„	Fidel Antonio Novoa.

SOCIO HONORARIO.

Doctor Don Esteban Castro.

SOCIOS ACTIVOS.

Br. D.	Victor M. Jerez.	Br. D.	Esteban C. Roque.
„	Fermín Bayona	„	Abraham Chavarría.
„	David A. Payés.	„	Nazario Salaverría
„	Juan Gomar.	„	Lisandro Blandón.
„	Nicolás Leiva.	„	Francisco Espinal.
Dr.	Francisco Martínez Suárez.	Dr.	Guadalupe Ramírez.
„	Horacio Rómulo Jarquín.		

SOCIOS CORRESPONSALES.

Doña	Vicenta Laparra de la Cerda	Srita.	Josefa Carrasco.
Srita.	Antonia Galindo	Dr. D.	Rubén Rivera.
Br. D.	Salvador Flamenco.	„	Abraham Rivera.
„	Adolfo Castro.	„	Francisco A. Reyes.
„	Baltasar Parada.	„	J. Fermín Aycinena.
Dr.	Simeón Eduardo.	„	Carlos A. Imendia.
„	Carlos Dárdano.	„	Anselmo Valdés
„	Ramón P. Molina		

LA JUVENTUD SALVADOREÑA.

REVISTA MENSUAL

DE LA SOCIEDAD CIENTÍFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

TOMO II. | SAN SALVADOR, SEPTIEMBRE 20 DE 1890. | NUM. 6

DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA VELADA

Lírico-literaria con que los estudiantes de Jurisprudencia de la Universidad Nacional conmemoran la muerte del eminente Jurisconsulto salvadoreño.

DOCTOR SALVADOR VALENZUELA.

SEÑORAS Y SEÑORITAS;

CABALLEROS:

Tejer humilde corona con todas las flores del alma de la juventud para adornar su tumba, formar un himno de todas las voces de la gratitud y todas las notas de los corazones para perpetuar su nombre y enviarle á través de ese infinito misterioso nuestro recuerdo inmortal—he aquí el objeto de esta fúnebre velada con que los últimos discípulos conmemoran la muerte del maestro. Bien es verdad que nuestras flores no perfuman, que nuestras voces son débiles y nuestras notas rudas; pero el alma comprende su altísimo deber y el corazón siente el peso de una deuda inmensa que solo pueden pagarla el amor imperecedero y la eterna gratitud: que si los antiguos tuvieron cicuta para Sócrates, cruces para Jesús, hogueras para Galileo y cadenas para Colón, nuestros tiempos tienen el laurel para el filósofo, la corona para el poeta, la estatua para el héroe y el corazón para el maestro. Y si este es principio de nuestra edad y costumbres de nues-

tras sociedades, también es virtud purísima que anida en el pueblo salvadoreño que busca el mérito únicamente para aplaudirlo y admirarlo, sin preguntarle de dónde viene ni á dónde va, porque sabe que los seres predilectos del Creador tienen por teatro de sus acciones—la creación. Y si esta es virtud excelsa de la patria, la juventud que es algo así como el despertamiento de nueva aurora en los horizontes del universo, como el gorgojo primero del ave que admira la madre naturaleza y canta en el follaje de la selva que guarda el árbol en cuya rama está su nido; la juventud no puede, no debe desmentir jamás el noble carácter del pueblo salvadoreño; no puede, no debe faltar jamás al deber que para con el sabio tiene; no puede, no debe quebrantar jamás la obligación que al maestro la vincula; y el sabio y el maestro, señores, están sintetizados en la personalidad humilde y augusta de *Salvador Valenzuela*.

Deciros algo nuevo á vosotros que conocéis mejor que yo la historia de sus virtudes cívicas, y que habeis admirado mucho antes que yo el talento extraordinario, la maravillosa ilustración y el heroísmo ejemplar de este compatriota insigne en la titánica lucha sostenida contra la ignorancia en el grandioso palenque de la cátedra, es tarea que no puedo emprender con la debilidad de mis fuerzas; y por eso he de limitarme á implorar

vuestra benevolencia para decir únicamente lo que siente el corazón, lo que quiere la gratitud, lo que manda el deber.

Señores: el niño anuncia lo que será el hombre. Jorge Washington es franco y sincero, Simón Bolívar altivo y valiente, Jesús humilde y generoso, Mirabeau díscolo, orgulloso y revolucionario. Hombres, el primero funda la democracia americana, el segundo lucha y combate por la independencia y soberanía de su patria; Jesús redime, Mirabeau destruye.

Salvador Valenzuela se consagra desde sus primeros años á la causa del porvenir; y en ese combate heróico, en donde de cada choque de armas brota la chispa que se llama idea, adquirió los mejores triunfos de su gloria. Sabemos que de estudiante en Guatemala, donde hizo con brillo su carrera de jurisconsulto que tanta honra y tantos bienes produjo á su patria, sirvió en unión de otro ciudadano ilustre un colegio; y allí, en aquel toque primero de su inteligencia y de su corazón, pudo medir y comprender sus privilegiadas dotes para lo noble y espinosa misión del magisterio. Allá quedó, pues, como fruto primaveral de su largo apostolado la generación primera que su brazo levantó. Ya vereis cómo desde entonces jamás abandonó su cruz, hasta llegar á ese calvario sombrío y siniestro del sepulcro de donde el alma verdaderamente grande y virtuosa se levanta y sube radiante á los cielos de la inmortalidad, y el espíritu ruín y miserable baja y se hunde en los infiernos de la universal execración.

Concluídos sus estudios, vuelve, llena de luz la inteligencia, al seno de la patria y fija su domicilio en San Miguel; allí como en Guatemala funda, junto con el amigo inseparable, otro plantel de enseñan-

za secundaria que alcanzó renombre y fama por toda la República, y levantó de prodigiosa manera el nivel de las ciencias y las letras en los pueblos de Ultra-Lempa. Fué en el "Liceo de Santo Domingo," señores, donde el doctor Valenzuela y el doctor Rosales formaron esa generación de hombres de letras que, unida á la formada poco antes, por el sacerdote evangélico cuyo nombre pronuncian con grande respeto y veneración los labios de todos los buenos salvadoreños — el presbítero Alegría — representan ahora la parte culta é ilustrada de los departamentos orientales, ocupan diferentes puestos en los ramos de Administración pública y ejercen con dignidad y decoro sus profesiones literarias. Oh! y cómo brillan en los cielos de la historia patria aquellos tiempos memorables, cuando la juventud en eterna fiesta intelectual imprimía el movimiento civilizador de la época moderna á todas las clases sociales!

Después de la revolución del 71, el doctor Valenzuela fué llamado por el voto espontáneo del Poder Legislativo á ocupar la curul del magistrado en la Corte Suprema de Justicia; pero no creáis que por esto olvidó un momento á su amada juventud. Desde aquella fecha, tanto aquí como allá donde rindió su postrimer aliento, consagró todas las horas de su vida, y todas las luces de su inteligencia, y todos los sentimientos de su corazón y todas las virtudes de su alma á la causa de las causas, á la ilustración de la juventud; de esta juventud, señores, que llora inconsolable su temprana muerte, que admira su grandeza como la más legítima gloria de la patria y que pasa justiciera con gratitud y con amor lo que debe al sacerdote de la ciencia.

Es el apostolado del magisterio

tan sublime como penoso. Ser el padre de las inteligencias que buscan los mares de la luz para bañarse en sus ondas regeneradoras; echar sobre los hombros el peso enorme de una generación que avanza al porvenir; llevar en la conciencia las tremendas responsabilidades de la sociedad que pone en agenos brazos todos sus destinos, todos sus ideales, todas sus aspiraciones; tener paciencia para el necio que os burla, paciencia para el ingrato que os insulta, paciencia para el sordo del alma que no oye la voz de la verdad; amor para los unos, amor para los otros; cariño, amabilidad, benevolencia, generosidad para todos—son las eximias prendas que debe reunir en alto grado el individuo para llevar con derecho y con justicia el sublime nombre de maestro; y virtud rarísima la de quien sabe salir adelante en tan difícil tarea. Y si esto es así, de almas grandes y corazones agradecidos es pregonar en alta voz y con sinceridad las acciones de estos héroes para que la gloria los coloque en el lugar que la justicia les designa, y para que las generaciones futuras los encuentren en su altar y les rindan allí el culto que merecen.

Si Salvador Valenzuela no tuviera otros triunfos que le dieran gloria, sino dejara otros hechos que inmortalizara su nombre, si nó tuviera otras virtudes que realzaran su personalidad; sus hechos en el magisterio y sus triunfos en la cátedra le dan timbres de grandeza y ejecutorias que le abren las puertas del templo de la inmortalidad; pero como cuenta además los triunfos en el Foro que llora y llorará siempre la pérdida de quien tanto lustre le diera; defendiendo los fueros de la justicia sin temer jamás el peso del despotismo que intentara inclinar en sus manos la balanza sagrada del lado de la arbi-

trariedad que conduce al crimen; y como cuenta también las virtudes ejemplares, y por ende gloriosas, del ciudadano inmaculado, recto, enérgico é inquebrantable en sus determinaciones, llevando en todas ellas la justicia por norma, el derecho por escudo y el público bienestar por fin, Salvador Valenzuela tiene como pocos, como muy pocos centro-americanos derecho perfecto á ocupar puesto de honor en el santuario de las glorias patrias. Hombres así, que forman una especie de aureola de la sociedad en que viven, ciudadanos que defienden con entereza sus derechos y sostienen con dignidad su condición de libres, sacerdotes que van por todas partes bendiciendo las almas con el rocío de las verdades y redimiendo los corazones con el bautismo de sus virtudes; personalidades de esta talla y de este carácter son los que necesitan los pueblos para que los fueros de su soberanía se acaten con el respeto debido.

Señores: nuestra Universidad guarda en sus archivos el catálogo de los personajes que durante largo tiempo contribuyeran con el inmenso caudal de su sabiduría, á dar esplendor al primer centro docente de la República. Hay allí nombres que por sí solos constituyen una gloria: Antonio José Cañas, Isidro Menéndez, Ignacio Gomez, Francisco Dueñas, Enrique Hoyos, Gregorio Arbizú, Victoriano Rodríguez, Pablo Buitrago, todos esos que á vuestra vista se presentan y otros más que desde el fondo de sus tumbas irradian su luz en el cielo augusto de las letras. Y la juventud que estima en lo que vale la obra de esos audaces luchadores de la idea, no permitirá jamás que el polvo del olvido sepulte su memoria. El hombre cuya muerte deploramos ahora, señores, ha sabido aumentar con

honra inapreciable la cifra de los sabios y los buenos, pues es allí en la Universidad donde se ciñó el laurel de maestro de la juventud. Llegar á la esfera de la verdadera grandeza, al cielo donde no se oye más que la voz imperante de la justicia y la virtud que constituyen el bien supremo, salir de éste fango ingrato que nos pudre el alma y nos hiela el corazón, es el ideal constante de las inteligencias superiores; y Valenzuela llegó hasta allí, con vuelo magestuoso y sostenido, como el águila que por casualidad desciende á la llanura y se levanta altanera á la cumbre empinada de los andes donde reina perpetua luz y perpetua calma, donde solo se escucha el imponente concierto de los mundos en su giro imperturbable, y la plegaria excelsa que de aquí abajo envían las almas puras al trono del Creador. Oh! llegar á esas alturas sin vértigos ni cansancio, salir triunfante del motín de las pasiones que todo lo corrompen y envilecen, mirar frente á frente, con oímpico desprecio el despotismo que todo lo humilla y anonada, y marchar serena la frente, radiante la mirada, resuelto el paso, tranquila la conciencia á la realización de los grandes ideales que el patriotismo y la civilización reclaman, solo pueden hacerlo, señores, estos hombres extraordinarios que van dejando en su camino por el mundo ancha huella de luz que es verdad y virtud, aquí, en nuestros tiempos y en nuestros pueblos donde desgraciadamente se medra y se especula á la sombra del altar y á la sombra de la cátedra, donde el hombre perfeccionando la obra de su Dios se trasforma en Creador.

Señores: si en nuestra legislación hay códigos que guardarán mientras vivan nuestras instituciones el nombre de Salvador Valenzuela; si hay leyes que llevan el sello de

la alta sabiduría y la justicia de su inteligencia soberana; si en los archivos de los tribunales se estudian documentos interesantísimos en donde el derecho ha triunfado sobre las iniquidades sociales debido á su energía y á su saber (datos que más tarde recogerá el historiador para honra de nuestro Foro y gloria del juriconsulto), la Universidad Nacional, venera y venerará con religiosidad y con orgullo la obra que corona la carrera del maestro, el libro que pone el sello á la grandeza del sabio que supo llevar á término feliz el trabajo que otras inteligencias claras y fecundas no pudieron concluir jamás; la Universidad Nacional, digo, posee las "Instituciones de Derecho Civil Salvadoreño" donde lucen en consorcio la erudición vasta y profunda, el criterio recto y acertado, la corrección pulcra y donosa del autor que ha hecho de ese libro admirable el granítico pedestal de su gloria. Oh! y cómo llenan de legítimo orgullo y de satisfacción los triunfos de estos héroes que en vez de la huella siniestra de cadáveres y sangre nos dejan la brillante y encantadora estela de luz que guía á la humanidad en sus luchas intelectuales, ora con las profundas lucubraciones del pensador, ora con los vuelos sublimes del artista que sondea nuevos mundos y descubre nuevos horizontes.

No quiero, señores, fatigar más vuestra atención con mis frases pálidas y desaliñadas, robandoos un tiempo tan precioso para quien rinde fervoroso culto á las bellezas del arte; pero quedame el consuelo de que la triste impresión de mis palabras desaparecerá bien pronto en esta misma noche y en este mismo momento al oír el artístico concierto de las notas armoniosas y dulcísimas de las cuerdas y las teclas con la voz argentina y celes-

tial de amables é inteligentes señoritas que vienen á rendir pleito homenaje también á la memoria del sabio cuya muerte deploramos.

Voy á concluir; pero antes permitidme dirigir mis últimas palabras á través de ese cielo azul que tanto nos encanta y nos consuela.

Maestro querido: desde esa mansión de eterna luz y eterna verdad; desde esas alturas misteriosas donde la justicia y la virtud tienen su cetro y su corona; desde allí donde gozas y gozarás las delicias del amor divino, mira cómo está aquí en la tierra desconsolado y triste el corazón de la juventud que tanto amaste durante tu corta pero luminosa existencia; mira cómo se afana por pagar la deuda de gratitud que tiene contraída. Si! la justicia es hija de Dios; pero la humanidad la guarda aquí en la tierra para alabar con ella á su Creador en las obras de los sabios y los buenos. Somos tus hijos, somos obra de tu inteligencia y de tu corazón y debemos perpetuar tu nombre y legarlo á nuestros hijos y á nuestros nietos como objeto de veneración y de amor. Por eso yo, el menos digno de tus discípulos, pero el más adorador de tus grandezas, vengo á ofrendarte ahora en esta apoteosis que te hace la juventud, todo lo que tengo y lo que puedo darte—mi eterna gratitud. Recíbela, maestro, con cariño que es el alma de mi corazón.

HE DICHO.

ABRAHAM CHAVARRIA.

San Salvador, mayo 11 de 1890.

EL TRABAJO Y EL CAMPO.

“El fruto del trabajo es el más dulce de todos los placeres.”

Generosamente excitada por la Sociedad Científico-literaria, “La

Juventud Salvadoreña,” para colaborar en el periódico del mismo nombre, no puedo menos que hacer un esfuerzo para hilvanar mis pobres y oscuras ideas; satisfaciendo así una afición personal y cumpliendo á la vez con un deber que me impone la cortesía. Me place hacerlo como una débil muestra de respetuoso agradecimiento por la distinción con que he sido favorecida por aquella Sociedad, que entusiasta, inteligente y laboriosa, derrama sus luces á manera de flores en aquella tierra de los Volcanes.

Difícil es, ciertamente, para un cerebro estrecho, dar vuelo á los pensamientos que encierra, con esa galanura, esa energía y tino singular con que lo trivial se hace nuevo y lo feo se hermosea; cualidades son éstas que sólo disfrutaban los que escriben apoyados en su talento, en la instrucción y la experiencia. No obstante, muchas razones pesan sobre mí, y me halagan é impulsan en esta vez; bastando ellas para cobrar el ánimo necesario, y sirviéndome también de suficiente excusa para impetrar la indulgencia que merecen mis producciones de aquéllos que las leyeren.

El trabajo no es una maldición arrojada á la Humanidad: nada tiene en sí mismo de execrable para que el hombre no lo constituya como una grata obligación, y la mujer como uno de sus más bellos adornos.

El que consagra toda su actividad individual por el trabajo, el verdadero labrador, no abandona una sola de sus faenas diarias por las frívolas distracciones del momento. Para esos nobles esclavos de su familia, la agricultura, el trabajo físico constituye su ocupación primordial, á diferencia de los que

ejercitan su mente en la política, en las especulaciones científicas y en las artes. Estos, colocados como se sabe, en una esfera más alta, gozan casi siempre de los favores de la fortuna, deidad voluble y caprichosa que á menudo se convierte en tirana del más débil; pero en cambio aquéllos, al favor de una vida menos agitada y azarosa, disfrutan de su trabajo tranquilamente, y viven á cubierto de múltiples desazones y zozobras.

El trabajo, de cualquiera naturaleza que sea, y en cualquiera escala que se encuentre quien lo ejercita, produce siempre los mismos efectos; nos brinda honores, gloria verdadera y un privilegio que enaltece, sin distinción de sexo, así al trabajador crecido entre la seda y la mullida alfombra, como al que nació entre las zarzas y las flores de los campos.

Arcadio Roda, en su primer discurso en el "Ateneo Científico-literario de Madrid," hablando de los oradores de la antigua Grecia, entra en consideraciones y dice: "Bajo las doradas techumbres de los palacios, es muy raro que se albergue la semilla del genio; entre el estruendo corrompedor de los placeres y los festines, es más raro aún que se desarrolle. Buscadle siempre arrullada por el murmullo apacible del trabajo; buscadle siempre en tierras que se rieguen y fecunden con el sudor de frentes laboriosas, y veréis cómo allí es donde germina, donde nace, donde crece y fructifica." Esto ¿qué prueba? Prueba que la ley del trabajo es universal; que los sabios no han podido eludirla, porque para llegar á producir grandes pensamientos, era preciso un constante y profundo estudio de las ciencias, y, además, que si no se hubieran sometido á aquélla, el clarín de la fama no hiciera perdurable su recuerdo á la posteridad, ni

inmarcesibles palmas dieran grata sombra á sus sepulcros. De esto se desprende una deducción natural; y es: que todos, usando de los medios que Dios, la naturaleza ó la fortuna hayan puesto en sus manos, deben forzosamente trabajar.

El trabajo es de precepto divino, y no sólo nos dá su ejercicio las decantadas riquezas, sinó que es uno de los pocos medios con que contamos para allegarnos á los umbrales del alcázar de la felicidad, y sentir en él sus inefables goces; pero aquellos goces íntimos y puros que no se fundan en el logro de fútiles propósitos, ni en el superficial encantamiento que produce la vida de holganza.

La indolencia en el hombre es para los pueblos, lo que el frío glacial del Norte para la vida de las plantas en aquella región; y así como éste reprime el desarrollo en el reino vegetal, así aquélla entorpece la marcha del progreso de las naciones sujetas á su maléfica influencia, oponiéndose como una valla al ensanche de la industria y del comercio. No hay reproducción ni movimiento; no hay en consecuencia, esa sucesión de las mudanzas en el sér, ley constante de la naturaleza: no hay vida.

La pereza, esa parálisis del cuerpo y que lleva también su acción sobre el espíritu, enfría y enferma el alma; destruye el rosado color de los lábios y enturbia el brillo de los más lindos ojos. La ociosidad es una especie de muerte moral que se refleja en el semblante pálido y demacrado de sus infortunadas víctimas.

La riqueza que más debe apreciarse, la que nos hace sentir intensos y legítimos goces, es la que brota con el sudor de nuestra frente.

"El trabajo, dice Larocheffoucauld, nos libra de las penas del alma: esto es lo que puede hacer á los pobres, dichosos." ¿Los pobres?

¡benditos sean los pobres! Ellos recogen las flores que las lágrimas de sus ojos hacen brotar en la áspera senda de su vida.

El espíritu de Dios ilumina la morada del labriego que honradamente trabaja, y que al sentir los hálitos de la mañana descender del cielo, se postra de rodillas y eleva al Creador sus oraciones; para entregarse luego á sus cotidianas tareas, al són de esta rústica estrofa:

Prefiero del campo
La vida tranquila,
Del árbol la sombra,
Del ave el cantar;
En vez del halago
Del vano atractivo
Que allá en las ciudades
Nos suele engañar.

* * *

¡Qué feliz es la vida en el campo, rodeada de esa quietud religiosa y solitaria en que el alma, replegada en sí misma, dilata el perfume del sentimiento y cuenta enajenada los latidos del corazón!... El espíritu se regocija y se ensancha en medio de una vegetación exhuberante y lozana, bañada por los poéticos tintes de la aurora, cuyos inimitables cambiantes irradian sobre la verde vestidura de las praderas, en el vario plumaje de las aves; y se reproducen en las oscilantes gotas de rocío que inclinan el tallo de la gallarda flor, á recibir el vivificante aliento de la húmeda tierra, las caricias espontáneas de esa madre de las plantas, que, sensible al golpe del arado del labrador, se estremece voluptuosa, y hace brotar de su fecundo seno las doradas espigas, las mieses del sustento humano, las flores y los frutos, para ofrecerlos á la diosa de la agricultura como merecido tributo.

¡Qué grato es contemplar de cer-

ca los llanos y las pequeñas colinas, ver las cerranías levantarse altivas como ansiosas de la respiración libre y de los rayos del sol que enamorado y galante desata sobre ellas un haz de brillantes hilos, reflejándolas á la vez en el cristalino y murmurador arroyuelo, que reluciente corre entre el follaje de entrelazadas palmas y perfumados lirios.

¡Qué escenas las de los campos! Son tan dulces, tan inocentes.... Gusta tanto correr inútilmente en pos de una ave que vuela hendiendo el aire, orgullosa de su libertad; ó ya en pos de una dorada mariposa que, describiendo innumerables círculos, huye lejos, y revoloteadora siempre, desprecia el lirio que le brinda albergue para su reposo; ó sentir nuestra atención atraída hacia la blanca azucena que se balancea erguida y altiva entre los musgos y los arbustos de la pradera!

¡Qué dulces son también, qué indefinidas las sensaciones que invaden el alma cuando comienzan á desarrollarse las bellezas del crepúsculo; cuando en el límpido azul del firmamento se destacan aéreos castillos, vaporosos y movibles monumentos, velados por una espléndida red deslumbradora de pomposos y vívidos colores, salpicada de perlas y diamantes! De tan misteriosa conjunción, surgen varias y caprichosas formas como esparcidas al acaso; descuellan palmeras inmensas cuyos ápices se encaminan á descansar en el perfil de la arrogante nube que corona la cima de las montañas, cuyo verde y espeso cortinaje, ostenta magnífico contraste con la brillante galería que parece sujetarle. ¡Oh, dulces misterios de la hora vespertina, rumores armoniosos que pobláis con profusión el espacio! Con qué ansiedad os busca mi fantasía, ávida siempre de descubrir vues-

tro misterioso origen, al sentir que la brisa orea y agita mi frente con su soplo, como agita y orea los cabelludos y sollozantes pinos, velados por las sombras tranquilas de la noche, sombras que disipan el régio panorama conque nos regaló el cielo, y obligan también á los alegres pajarillos á refugiarse en la cercana alameda, donde los céfiros nocturnos hacen vibrar las hojas de los árboles, como el trovador las sonoras cuerdas de su arpa.

¡Oh Naturaleza! la más inferior de vuestras escenas encierra el himno sagrado que entonan millares de voces; en los aires, en el cielo y en los mares; himno que se halla escrito en el corazón de la humanidad, quien lo repite día tras día, inspirada en el Amor, la Fé y el Trabajo, trinidad sublime que nos conduce por el camino de la Felicidad.

JOSEFA CARRASCO.

Santa Bárbara, (Honduras).

LA MUSICA.

(A MANUEL AGUILAR.)

El sentimiento se manifiesta por el arte, ha necesitado el hombre un medio adecuado para expresar sus alegrías y sus dolores, ha buscado un bálsamo para mitigar sus padecimientos, una cadena invisible que enlace las miserias de aquí abajo con los esplendores de allá arriba, algo que personifique las sonrisas de la cuna, los amores de la juventud, los recuerdos de la vejez y los misterios de ultra-tumba.

El cariño de lo pasado, el ansia de lo futuro, la eternidad de los afectos son á mi ver pruebas suficientes de que no existe solo materia, que hay una fuerza desconocida que inclina al bien, que hace

amar la virtud y extasiarse en las creaciones purísimas de la belleza. Creer que el amor de madre concluye á los bordes del sepulcro es desconocer el corazón, ir contra el criterio general; la intimidad de nuestras relaciones no espira con la muerte, en el melancólico rumor del sauce que cobija una tumba, se percibe la voz de los seres que á nosotros estuvieron unidos por delicados sentimientos, y en las claras transparencias de una noche de luna, al dirigir la mirada al cielo, volamos en espíritu á venturosas mansiones.

Todo lo que el alma siente, lo que se agita en el pensamiento, lo que mueve la voluntad, lo que inclina las afecciones debe expresarse, tomar si cabe formas sensibles, anidarse en todos los seres y multiplicarse en todas las manifestaciones.

Nacido el ser humano para el arte, es la música la que con más brillo simboliza la variedad de las pasiones, la que en versos espondáicos entre los antiguos y en graves y solemnes melodías entre los modernos: ante la leña del sacrificio ó en el humo del incienso, ha sido el fiel emblema del ardor religioso.

Desde Tubal, á quien se atribuye la invención de la música, si es que puede inventarse, hasta los artistas contemporáneos ha recorrido el divino arte la escala de las transformaciones. Los Medas llevan á los Persas el amor á la música, su laud y su viola; bajo el imperio de Alejandro, Grecia hace de la música parte esencial de la educación; en Atenas se establece la fiesta de las Panateneas para premiar al mérito distinguido, de la música se sirven los Lacedemonios para entonar las alabanzas de sus dioses y glorificar las hazañas de sus héroes. Los árabes tan dados á las sublimes tristezas, á la sombra de

las palmeras modulan las canciones de Abou Giafar; de organización tan delicada y espiritual mueren en el desierto, tañendo su laud y recordando los esplendores de su antigua gloria.

Roma la señora del mundo, fué también la señora del arte; en las fiestas del Coliseo, en los juegos del Circo, en las carreras del Hipódromo, en las luchas de los gladiadores, en los combates de los pugiles resonaban los lamentos del vencido, los hurras de la muchedumbre entusiasmada y el grito de gozo del vencedor. El águila romana extendía sobre el orbe sus grandes alas al compás de una música excelsa.

La música, dice Platón, encierra en sí la semejanza de lo bello. No hay en efecto pasión, sentimiento, dolor que la música no alcance á expresar; en lo más fragoso de la batalla, cuando las quejas de los moribundos se mezclan á los gritos de los combatientes, cuando la muerte va sembrando desolación y caen los hombres como las espigas al furor del vendaval, como los robles altísimos al golpe del hacha, truenan entonces los marciales sonos y los ánimos desfallecidos recobran alientos vigorosos y los laureles de la victoria ciñen las frentes de los esforzados.

Nace un niño, y la alegría de la familia se desborda y armoniosas melodías interpretan los amores de sus padres, que fijan en el nuevo miembro las esperanzas de sus ensueños y de quien aguardan, al llegar ellos á su senectud, las expresiones del más entrañable cariño. Si pasamos al acto más trascendental del individuo, el cual es el matrimonio, vemos en todos los países, bajo todas las latitudes que los sonos de las agrestes zamponas, las tiernos cánticos pastoriles, las notas majestuosas del órgano intervienen según los usos en esa so-

lemnidad augusta, que dá origen al hogar á cuya sombra protectora vienen á la vida los goces inefables de la más estrecha unión, surgen vínculos sagrados que renacen más fuertes tras los misterios de la fosa y se mantiene en perpetua juventud y en espléndida lozanía la cadena de perfumados azahares, que al fundir en una dos voluntades, opera también el consorcio de dos almas.

Al desaparecer de este mundo una persona la ternura de la familia y los sentimientos de la amistad, acompañan á la tristeza de los acordes, á los cantos lúgubres que tienen algo de la sublime gravedad de los cementerios. Bajo las bóvedas del templo suenan los himnos sagrados, percibe la fantasía la voz de los profetas, las vibraciones de las arpas de Sion, los salmos de David y las lamentaciones de Jeremías.

Si del estudio del corazón se pasa al examen de la naturaleza, la música de los huracanes levanta la espuma de las encrespadas olas y la armonía dulcísima de la brisa gemidora, en el terso cristal de las aguas retrata el azul esplendente de los cielos. Mantos de celestes vapores se levantan de las cristalinatas fuentes, sube á las alturas el aliento perfumado de las flores, dóblanse las verdes ramas al peso de los dorados frutos, visten los campos trajes primaverales y en el agua que se evapora, en el aire que vuela, en la luz que centellea van los cánticos del amor universal.

Al compás de himnos atronadores se levantan los pueblos oprimidos, rompen diques, destruyen fortalezas, desconocen instituciones y sobre las ruinas de lo pasado se levanta la aurora de la democracia y brilla majestuoso el aspecto soberano de Dios.

La mañana es un cántico de amor: salta el arroyo gorgeando

quejas, revienta el botón que cuaja el iris en el terciopelo de las corolas, despliegan los árboles sus anchas copas, vuelan los insectos de alas de oro, mientras se oye la música divina del arpado ruiseñor sobre los abanicos que forma el palmeral.

¿Dónde no hay música? ¿qué espíritu no se impresiona en la contemplación de lo bello? Música hay en lo nacarado de las ilusiones, en el aura que murmura, en el follaje que gime, en la lágrima que rueda, en la sonrisa del que nace, en el suspiro del que muere.

En la educación la música debe tener un puesto importante: ser artista es ser bueno. Amad la música y vuestros sentimientos os inclinarán á consolar al triste, á favorecer al menesteroso, á perdonar á los que os ofenden.

Amar lo bello es agradar á Dios, cultivar el arte es regenerarse; sed artistas y la oración de las almas llegará á las regiones excelsas como el himno de gratitud de la naturaleza sube en las ráfagas de los huracanes y en las alas de los céfiros.

VICTOR M. JEREZ.

EN EL ALBUM

DE LA SEÑORITA C. C.

Para llenar la página primera
De este libro á las Musas destinado,
En mi pobre laúd tener quisiera
La mágica expresión de un coro alado!

* * *

Quisiera que mis lúgubres gemidos,
Cambiándose en el más dulce conuento,
Tradujeran de mi alma los latidos
Para expresarte todo lo que hoy siento.

* * *

Yo, que sólo tristeza y desencanto

He venido sufriendo desde niño,
Siento, al fin, disiparse algo mi llanto
Al plácido calor de tu cariño.

* * *

Pues, ¿quién, bajo tu influencia seductora,
No olvida su habitual melancolía,
Contemplando en tu faz encantadora
La imagen de la misma Poesía?

* * *

Si me diera Murillo su destreza,
Ó su inmenso poder me diera Erato,
Como el mejor trasunto de belleza,
Formaría en este álbum tu retrato.

* * *

Pero, ya que á mi numen no le es dado
Copiar tanta beldad y gracias tantas,
Cedo el puesto á otro más afortunado,
Y... mi humilde laúd deajo á tus plantas!

DOROTEO FONSECA.

San Salvador: 29 de agosto de 1890.

REMINISCENCIAS

(Á FRANCISCO ESPINAL.)

Como el amor tiene misterios para unir los corazones en la mirada de dos almas que revelan cuanto hay en el hombre y cuanto hay en la mujer; como los astros tienen leyes que los atraen y mantienen la armonía universal que manifiesta la sabiduría infinita del Creador; la amistad tiene lazos que robustecen los vínculos sociales y muestran cuanto bueno y cuanto grande hay en la humanidad.

En la mañana esplendorosa de la existencia, cuando el corazón se conserva puro y no se ha sentido aun la espina del dolor en el alma, y todo se ve, á través del prisma de la ilusión, encantador y sonriente como la aurora de primavera; los sentimientos nobles y generosos, la amistad pura y sincera re-

bozan en el pecho y forman la base indestructible de la vida futura.

Los amigos primeros, esos que con nosotros han contemplado por la mañana los arreboles que adornan la cuna del sol, y por la tarde los crepúsculos de topacio que rodean de aureola su tumba; que han gozado los placeres inocentes de los paseos de campo en charla incesante y en incesante alegría; que nos han comunicado el secreto de sus primeras ilusiones, de sus sueños rosados; que se han sentado con nosotros en el humilde banco de la escuela á recibir ansiosos de boca del maestro las primeras nociones de la ciencia que despiertan en el niño las aspiraciones grandes y justas, los estímulos poderosos y santos; que han luchado brazo á brazo, á nuestro lado, contra las injusticias de la suerte y las injusticias de los hombres; estos amigos, repito, no se olvidan jamás, con sus recuerdos van acompañándonos en nuestra peregrinación por el planeta formando parte de nuestra historia.

Cuando las decepciones sociales nos hielan el corazón, cuando el *simun* de las pasiones arrastra y mata la fé, ¿qué nos queda en este mundo?

El recuerdo dulce de los tiempos que pasaron y la esperanza alhagadora de los tiempos que vendrán.

El pasado lo encierran nuestros amigos, y el futuro lo simbolizan nuestros hijos.

El consuelo del recuerdo y el consuelo de la esperanza.

De esto vive el hombre.

Cuando el consuelo y la esperanza faltan, el ente humano se convierte en momia. No piensa, no siente, no ama. Ni el pasado ni el presente le pertenecen, y el futuro lo desprecia.

*

En la vida del estudiante hay épocas de faces muy diferentes,

pero todas ellas interesantes. Cuando estudiamos Ciencias y Letras vivimos soñando con la amada de ojos negros y tez morena, de esbelto talle y andar de diosa. Nos creemos poseídos de la inspiración olímpica para pulsar la delicada lira. Hacemos versos día y noche, y los vamos recitando por parques, campos. Y pensamos con el poeta,

“Que toda la vida es sueño
Y los sueños, sueños son.”

En esa época feliz de la existencia, tuve yo un amigo íntimo, sincero, dueño de todos mis secretos, de todas mis ilusiones. Eramos los inseparables. En todo corríamos la misma suerte.

El, como yo, estaba enamorado ardientemente. Y hacía versos también. Los versos son el tema de todos los enamorados.

Por la tarde, cuando ya habían terminado nuestras labores escolares, pasábamos diariamente por los alrededores de la ciudad. Y allí, en presencia de aquella exuberante naturaleza tropical que convida al amor y á la poesía, que refresca el caldeado pecho y ensancha el corazón con las auras purísimas impregnadas en los aromas exhalados de los broches de las innumerables flores que esmaltan las praderas y las márgenes de los ríos; allí, repitiéndonos todas las escenas trascurridas, todos los episodios de la amorosa historia, contentos y satisfechos, nos recitábamos los versos del día, aquellos que á la misma hora estaría leyendo la amada á la luz vacilante del crepúsculo.

Estos versos, escritos sin arte, á impulsos del corazón, iban saturados de la poesía excelsa del amor, esa que no cabe en el ritmo y vuela en una mirada, en un suspiro á la región infinita donde se unen las almas que se adoran en el mundo.

Ah! días felices, horas venturosas de aquella edad bendita, cuántas veces al recordaros de noche, solo, sin un amigo, en mis grandes angustias, en mis horribles decepciones he derramado involuntariamente una lágrima de consuelo! una lágrima de placer!

La primera amistad y el primer amor son los dos grandes hechos de la vida humana. Fuera de ese amor y de esa amistad impera el vacío, la nada. . . . no hay juventud!

El tiempo vuela y huye, huye como la sombra, como la ilusión. Y pasa la juventud que lleva el fuego del amor, la dulzura del placer, la armonía del corazón, dejándonos en el alma el recuerdo imperecedero. Hay fuerza de ser bachiller. Y allí tiene U. un señor titulado sin barba ni bigotes, un ciudadano hecho y derecho. Todo cambia. Y ya no iremos por las calles asidos de los brazos, hablando en voz alta de nuestras cosas, riéndonos francamente de nuestras tonterías, ni recitando nuestros versos,—nada. La sociedad á veces es madre tirana con sus hijos, es madrastra temible. Debeis ir serios y formales por esas calles como juez de paz ó alcalde de pueblo. Sino sois poetas, debeis renunciar también á la manía de hacer versos. Llega la realidad; muere el ritmo.

*

Nuevos ideales, nuevas aspiraciones, nuevos horizontes nos llevan á mejores determinaciones, á la realización de obras más serias y más interesantes. La prensa, la tribuna, la literatura, hé aquí las armas del nuevo combate. Quien aspire á ser periodista, orador ó literato para realizar grandes y trascendentales fines políticos ó sociales, busca los medios justos y legales para llegar á la inmortalidad y á la gloria. Dejadlos ir que si ellos

tienen la fé en el triunfo, la virtud de la constancia y la constancia del estudio, obtendrán como premio merecido el laurel, el escudo y el cetro de los héroes de la idea. Dejadlos luchar que la prensa en sus manos es candente látigo de acero que flajela injusticias y arbitrariedades, la pluma es hercúlea maza que aplasta tiranías y despotismos, y la palabra de su boca es rayo de tempestad que confunde y anonada al que roba la honra de las doncellas, al que asesina la dignidad humana, al que incendia, al que injuria y al que calumnia. Dejadlos en su camino que ellos saben á donde van. Son los defensores del derecho, los apóstoles de la justicia, los hombres del porvenir.

Viene entonces la nueva generación de amigos. La comunidad de intereses, la solidaridad de sentimientos, la identidad de ideas unen los corazones con vínculos poderosos y forjan los amigos que, llenos de fé, entran á la realización de los grandes hechos formando una sola entidad que se llama asociación. O la misma tempestad les azota ó la misma brisa los levanta. Subir ó bajar juntos. Hé aquí su propósito.

*

Conservar incólumes los fueros de la dignidad y la hombría de bien, templar el carácter al rigor de las adversidades, purificar el corazón en el crisol del sufrimiento, son deberes que la juventud debe llevar esculpidos en la memoria para que le sirvan de norma en todos los actos de su vida. Talento, ilustración, heroísmo, nada valen, nada deben valer si no están ennoblecidos por la dignidad y el carácter. Juventud es libertad, es idea, esperanza, porvenir, grandeza, llevando por base—dignidad! Ah! que la juventud no dé jamás el primer paso en la senda oscura,

porque una fuerza diabólica é irresistible la empujará siempre hacia el abismo. La caída es terrible! . . . Desgraciado el pueblo que deja caer á su juventud!

Cuando corremos juntos la suerte del desgraciado, cuando una misma tempestad nos azota y nos arrastra, y, náufragos en el mar de las pasiones, nos asimos á la misma tabla y logramos salvar la playa, la alegría llega á los lindes del delirio y la locura. Sentimos que lazos misteriosos nos unen, y juramos desde entonces desafiar unidos las adversidades y caprichos de la fortuna. Y emprendemos la obstinada lucha.

La amistad, hija de la desgracia, que nace en una de esas situaciones dasesperantes y horribles del espíritu, que se desarrolla en una de esas escenas trágicas que ponen de relieve la grandeza de un corazón y el temple de un alma, esta amistad, digo, es santa, es imperecedera. El misterio del sufrimiento es el más hondo de los misterios humanos! Oh! mi amigo de adversidad! el más grande y el más bueno de todos mis amigos ¡adios! . . . Abandonas tu patria, tu familia, tu amigo, y te vas en busca de un porvenir glorioso. Bendito seas! El porvenir es tuyo. Marcha. Adios!

ABRAHAM CHAVARRÍA.

Abril de 1890.

TU LIBRO DE POESÍAS.

(A M^{te} TERESA DE ARRUSÚ.)

Cuando leí tus poesías,
Armonías
De música celestial,
Sentí perfumes de brisa
Que deslisa
Jugueteando en un rosal;

Creí escuchar los quejidos
Que en sus nidos

Lanza el ave al divisar
Que esos purpúreos encajes,
Los celajes
Negros se van á tornar;
Creí ver rayos de luna
Que importuna
Ilumina sin rubor
Los labios de dos amantes
Delirantes
Que sella un beso de amor;

Creí ver noches calladas,
Tachonadas
De estrellas que al titilar,
Remedan, ay! ojos fijos
En los hijos
De una madre al espirar!

Creí ver Cuánta poesía!
Armonía,
Luz y sombra, resplandor
Y penumbra, vida y muerte,
Débil, fuerte,
Bien y mal, ódio y amor!

¡ Oh Teresa, quién te inspira ?
Quién tu lira
Así te enseña á pulsar,
Que así embriagas con tus cantos
Sacrosantos
Y haces la alma delirar ?

Quién te inspira . . . De dechado
Tan preciado,
Pensé, no es una, son dos
Los autores: uno es ella;
Quién el otro? . . . Obra tan bella. . . .
Cerré el libro y pensé en Dios! . . .

ADOLFO CASTRO.

Sonsonate, febrero de 88.

Miguel de Escalada.

FE DE ERRATAS

DEL DICCIONARIO DE LA ACADEMIA.

LIMPIOS, *fijos y esplendorosos* señores: Han de saber ustedes que *cabadelante*, como ustedes dicen en la primera media columna dedicada á la letra C, me propongo. . . .

pero ante todo tengo que advertir á mis ilustrados ó no académicos lectores, que *cabadelante* quiere decir, ó quieren ustedes que quiera decir *en adelante*, aunque no lo dice. Han de saber ustedes, repito, que en adelante me propongo pasar más de prisa sobre el Diccionario para no enseñar á ustedes tanto, ya que apenas lo agradecen ni les aprovecha, y sobre todo, para acabar primero esta serie de artículos. (1)

Esto no quita que les diga á ustedes, así de paso, que el *cabalero* que ponen ustedes en la primera media columna no es un caballero ni un "soldado de á caballo que servía en la guerra", sino una manera medio gallega de pronunciar la palabra CABALLERO, y en castellano una tontería; igual que el *cabalfaste* que ponen ustedes á continuación, y que no sirve para nada, como no sea para declarar que no tienen ustedes *fuste* ni están *cabales*; igual que *cabalhueste*, que con el *cabalgar* sustantivo y el *cabalo*, vienen en la segunda media columna con numerosa escolta de otros desatinos de caballería.

También he de decir á ustedes que la definición que dan de CABALLERÍA, "bestia en que se anda á caballo," apenas puede ser más pedestre, aun con aquel aditamento de que "llámase mayor si es mula ó caballo." ¿Y si es macho ó yegua? Verdad es que no es mucho mejor la definición de CABALLERO, del que dicen ustedes que es el "que *cabalga en caballo* ú otra bestia," ó en la ignorancia, les faltó á ustedes añadir, si bien ésta es, según Mahoma, una mala cabalgadura especial y propia de los caballeros académicos. En este mismo artículo á trueque de muchas simplezas y super-

fluidades, faltan refranes muy usados, como por ejemplo: "En la mesa y en el juego se conoce el caballero"; y en el artículo del caballo . . . pero esto merece párrafo aparte.

"CABALLO, m. cuadrúpedo de pies . . ." ¿Qué nos cuentan ustedes? ¿Con qué *cuadrúpedos* de *pies*? . . . ¿Habrase visto cosa más rara? Porque lo natural, hablando en académico, es decir, hablando al revés, sería que no tuviera pies siendo cuadrúpedo. ¿O es que han dicho ustedes cuadrúpedo de pies para dar á entender que no está de rodillas? ¡Lástima que no se hayan decidido ustedes á contarle los pies al caballo, porque era posible que se hubieran equivocado en la cuenta y nos hubieran dicho "*cuadrúpedo* de tres pies," ó de cinco. Era lo que faltaba. Mas continuemos: "*Cuadrúpedo* de *pies* con casco" . . . ¡Ah, con casco! ¿Á la prusiana? . . . ¿Y ésas tenemos todavía? En el artículo del ASNO reformaron ustedes la definición de las ediciones anteriores, poniendo en lugar de "*animal con casco*" "*animal solípedo*", por cierto que les aplaudí á ustedes la reforma. Pero ahora viene el CABALLO, y como si les pesara de haber hecho algo bueno se vuelven ustedes á quedar con el casco tan campantes "*¡Cuadrúpedo* . . . de *pies* . . . con casco!" . . . ¡Vaya!

Y todavía no hemos concluido, porque además de ser el caballo "*cuadrúpedo de pies con casco*," es de "cuello y cola poblada" (¿cuello poblada?) de crines (¿la cola?) largas y abundantes, de pelo castaño, blanco, negro, etc., (este, etc., que rrrá decir azul ó verde) ó manchados de estos ú otros colores" como las definiciones académicas, siempre manchadas de desatinos.

Conclusión: "Domesticase fácilmente. . ." ¡Qué se ha de domesticar si es doméstico! A lo menos en Europa no existe en estado salva-

(1) Notarán los lectores que ya más de una vez hice el propósito de cumplirle. Es tanto lo que hay que enmendar.

je. Pero ustedes por confundirlo todo, confunden el domesticar con el domar, y son cosas distintas. "Domesticase fácilmente, y es animal (*vis*) de los más útiles al hombre." Ciertó: mucho más útil que otros más presumidos, cuya utilidad no se ha podido descubrir todavía, ni se descubrirá probablemente.

A continuación y después de dos rayitas verticales, tratan ustedes de definir el caballo de ajedrez en esta forma: "pieza *grande* del juego de ajedrez". . . . ¿grande? Comparada con un conino será grande; pero comparada con un acádémico ó con un caballo natural, siempre será pequeña. Añaden ustedes que "*camina* de tres en tres *casas*." No camina, que salta; y las *casas* no se llaman casas, que se llaman casillas, pero aquellas otras de las cuales son ustedes capaces de sacar á cualquiera con tanto despropósito. Y acabemos: "*camina* de tres en tres *casas* contadas como primera la en que está, y como tercera aquella donde va á parar, salva la segunda *en cualquier sentido* (ó sin ninguno, que es como salvan ustedes las definiciones) y pasa á la tercera cambiando de dirección". . . . ¡Cualquiera aprende á jugar al ajedrez por el Diccionario!

Y . . . digan ustedes. . . ¿De dónde es provincial *cabanería*, ración de pan, aceite, vinagre y sal. . . . etc. Es verdad que las notas de provincialismo, las suelen ustedes guardar para las palabras castellanas que no las merecen. . . . ¿Y de dónde sacan ustedes que *cabeción*, *cabdiel*, *cabdellador*, *cabdellar*, *cabdiello*, *cabdillamiento*, *cabdillar*, *cabdillazo* y *cabdillo*, sean palabras castellanas? Verdad es que con algo habían de llenar ustedes los sitios correspondientes á las muchísimas palabras castellanas que omiten.

Y aun valía más que omitieran otras muchas, que no que las defi-

nieran tan mal como la CABELLERA, por ejemplo, de la que dicen que es "pelo postizo," y CABELLO, del que á las primeras de cambio, dicen que es "pelo que nace en la cabeza" (!), y á las segundas, "especie de nervio que tienen los carneros en las agujas", lo cual, salvo que no los tienen solo los carneros sino también las ovejas, y las cabras, y los chivos, y los bueyes, y las vacas, etc., y salvo que no son *especie de nervios*, sino nervios sencillamente, está pacaderillo. O en otros términos, ya que de *cabellos* se trata:

Linda mata de pelo
peina tu mano;
salvo ser corto
salvo ser poco
salvo ser cano.

En la definición de la CABEZA no tiene nada de particular que hayan dado ustedes muchos y graves tropezones, puesto que se trata de chisme hartó desconocido en la Academia: así se explica que digan ustedes que "en el hombre y en muchos animales está unida al cuerpo por el cuello, como si en otros animales estuviera separado ó estuviera unida al cuerpo por el rabo; y así se explica que den usados como frases usuales la de "*levantar* uno de su cabeza alguna cosa," que no es tal frase, ni se dice *levantar* sino *sacar*, y la de "*ser cabeza de bobo*," á la cual en lugar de ponerla por aclaración "ser cabeza de académico," la ponen la extraña y ridícula definición siguiente: "tomar pie ó pretexto de una cosa para abonar de este modo actos vituperables" (!)

Pero si se explica perfectamente que no hayan sabido ustedes definir la cabeza, no se explica también el que no hayan sabido definir la CABEZADA. Y sin embargo dicen ustedes, que en otras cosas,

que es "compuesto (?) de correas ó cuerdas que ciñe y sujeta la cabeza de una caballería á que está unido el ramal", es decir á la caballería. ¿Y cómo está unido el ramal á la caballería? ¿A tornillo por soldadura ó por el cuello, como la cabeza en *el hombre* y *en muchos animales?* No, sabios, no: los ramales no se unen así; se unen con otra cosa que se llama *sintaxis*, por virtud de la cual resultan pegados, no á la caballería como el de ustedes, sino á la cabezada. La cual, además, se ha quedado sin definir, porque decir que es *compuesto de correas ó cuerdas* no es decir nada por donde se la pueda distinguir del uniforme de un guardia civil, ó de un morral de caza.

Lo que han hecho ustedes casi admirablemente es la definición de la CABRA. Puede ser hasta de primer orden, según por donde empiecen á ordenarse las cosas. "CABRA, f. Hembra del cabrón, más pequeña que él, de pelo más áspero y *de condición más dulce.*" ¿Qué tal, eh? Todos estos detalles serán falsos, si se quiere, y aunque no se quiera, pero aun siendo falsos hay que convenir en que son deliciosos. ¿A quién no le encanta verles á ustedes, los señores *limpian* y *fijan*, engolfados en esas profundidades de fisiología cabruna? Que la *hembra del cabrón* sea más pequeña que él, no es una novedad, porque casi todas las hembras de los mamíferos suelen ser menores que los machos. Lo de que la cabra tenga el pelo más áspero que su compañero, ya es menos llano y debe ser cosa de algún naturalista como

el fidedigno padre Valdecebro
(que en discurrir historias de animales se calentó el cerebro),

ó el Marqués de Molina que debe haber tratado mucho en cabras,

pues ya en sus juventudes, como quien dice, compuso un soneto cabrío que empezaba:

"Pastores que del mundo en el egido dejáis, cual sueltas cabras, las pasiones".

sin darse cuenta de que la cabra no tira al *egido*, sino al monte, con la misma natural afición con que el académico tira al disparate. Mas lo verdaderamente nuevo del caso es lo de *la condición más dulce*, piropo tiernísimo á cabra, que la da derecho á esperar en breve plazo un idilio ó dos, de don Manuel Cañete ó de Mariano Catalina.

Tras de la cabra de condición más dulce, aunque de pelo más áspero, ponen ustedes la *cabra montés*, de la que dicen que abunda en los Pirineos y *en otras partes de España*, por ejemplo en las Peñuelas, añadiendo que "se diferencia de la común principalmente en tener grandes los cuernos," cuando es precisamente al contrario, pues los tiene mucho más pequeños (2). Pero si no dijeran las cosas al revés ¿en qué se habían de diferenciar ustedes de los demás mortales que no pertenecemos á la Academia? A no ser que en tener el pelo más áspero. . . .

De la CABRITA dicen ustedes que

(2) A no ser que los académicos llamen *cabra montés* á toda cabra que anda por el *monte*. Entonces no hay que hablar. Pero si lo de *montés* se entiende en oposición á *doméstica*, vayan los académicos á Caín (León) ó á Bulnes (Asturias), vean las cabras domésticas de allá y busquen luego algún ejemplar de esa *cabra montés* más ó menos mitológica, de los Pirineos, que tenga los cuernos mayores, ni tan grandes. ¿Que así lo dice Pérez Arcas? Muy señor mío Pero estoy cansado de leer en éste y otros naturalistas así que las ardillas, por ejemplo, pasan el invierno aletargadas, y estoy también cansado de matar ardillas bien espabiladas y bien ligeras en todos los meses de invierno.

es la "hija de la cabia *desde que mama* hasta que cumple un año." De modo que antes de mamar no es cabrita. Ni tampoco cabrito, porque del CABRITO dicen ustedes lo mismo: "Hijo de la cabra *desde que mama*. . . etc." De esta suerte, si acabando de parir una cabra pregunta un pastor á otro que esté más cerca, qué es lo que ha parido, no puede contestarle que un cabrito ó una cabrita; tiene que responderle: "Hasta ahora nada: espera que mame y cuando mame será una cabrita," ó un cabrito. Cosas que le pasan á ustedes por dar al mama demasiada importancia.

¿Y quién les ha dicho á ustedes que la CABRITILLA sea "piel de cualquier animal pequeño"? . . . ¿No llamaron ustedes *animal* á la BABOSA? ¿Y no es la babosa bastante pequeña? ¿Será también cabritilla la piel de babosa? ¿Qué manera de definir! "Piel de cualquier animal pequeño, como. . . cordero, adobada y aderezada para hacer guantes y otras cosas," como malas definiciones. Porque es preciso que ustedes se convenzan que la piel de cordero, por muy adobada y aderezada que esté, nunca llegará á ser verdadera *cabritilla*, sino á lo sumo *cabritilla* falsificada ó de imitación, como el castellano que hablan y escriben ustedes los académicos.

Por eso un poco mas abajo al definir la CABRONADA, debían ustedes haber puesto como primera acepción la de "comprar el Diccionario de la Academia." Porque eso de pagar seis duros para que, sobre todos los disparates anteriores le digan ustedes á uno que CABRUÑAR es provincial de Asturias, cuando se dice igualmente en León y Castilla, es un CABRUÑO (que tampoco es provincial) demasiado fuerte; aunque no tanto como la definición de la CACA, que no quiero menear atendiendo al prudente consejo de Cervantes.

¡Ah! y se me olvidaba decir á ustedes que la CABRILLA, en la acepción de carpintería, no es un *tres pies*, sino un mango postizo de la sierra, que la CASEROLA no tiene mango, sino asas, y que la CACETA ni es peculiar de la farmacia, como ustedes dicen, sino usada en todas las cocinas, ni es "especie de cazo por lo común de azofar," sino de hierro, pues siendo de azofar es sencillamente cazo, ni es "con su pie," porque no tiene pie, sino mango, ni es "de cabida de una libra medicinal de *licor*," sino de la cabida que acertó á darle el herrero.

A bien que todas estas tonterías y otras muchas, casi se les pueden á ustedes perdonar por la eximia agudeza de habernos sabido decir que CACICA es la "mujer del cacique." ¡Cáscaras, con los hombres! Eso lo han traducido ustedes literalmente de aquel acertijo ó cosillina que se les suele proponer á los tontos. La mujer del quesero *¿qué será?*—*Quesera*, suele contestar, después de un rato de pensar en ello, alguno de los menos académicos de la clase. Y quien dice *quesera* dice *cacica*. ¡Para que digan luego por ahí que no enriquecen ustedes el Diccionario!

Cierto es que todavía no tiene *fiscala*, ni *juca* ni *brigadiera*, pero, como dice el adagio, el comer y el desbarrar no quiere más que empezar, y habiendo empezado ya por poner "*cacica* la mujer del cacique," y "*ministra* la mujer del ministro." todo se andará si el palo de la majadería académica no se rompe. Por de pronto no se ha roto sin habernos dicho que *cacómite* es una "planta que vive en la mesa, . . ." Por donde cualquiera creerá que esa planta es algún académico; sino que luego se sabe que esta *mesa* no es una mesa de comedor, sino. "la mesa central del territorio mejicano," que, por su puesto no es

mesa sino meseta ó planicie, para todo el que no sea académico; es decir, para todo el que sepa castellano y geografía.

CACUMEN. . . . ¿Cómo habían de saber ustedes definir el cacumen? Así es que han tenido ustedes que contentarse con decir que es igual que trastienda. De donde se deduce la legitimidad de esta noticia. "En el cacumen de la frutería de la calle de Valverde hay gran surtido de melones."

Que ustedes descansen.

A DIOS.

ODA ESCRITA EN RUSO POR DERSHAVIN. (*) TRADUCIDA AL INGLÉS POR BROWNING Y DEL INGLÉS AL CASTELLANO

Por Adolfo Pierra y Agüero.

Oh, tú, Supremo Sér, cuya presencia
La inmensidad de los espacios llena,
Cuya inmutable esencia
Trocar el tiempo destructor no puede;
Sér misterioso y grande, trino y uno;
Sér, quien no escrutará mortal alguno;
Sér á quien Dios llamamos,
Mas á quien comprender nunca alcanzamos!

En su sublime indagación la ciencia
Podrá medir el piélago profundo,
Sus arenas contar, pesar el mundo;
Mas para tí no hay peso ni medida,
Ni la mente atrevida
Puede subir, oh Dios! hasta tu esencia.
De la razón la fulgida centella,
Aunque inflamada por tu luz divina,
Pretendería en vano
Sondear de tus secretos el arcano;
Pues sin dejar ni huella,
Al intentarlo osado,
Se perdería el raudo pensamiento
Como en tiempo eternal fugaz momento.

Sacaste de la nada primitiva,

(*) Esta magnífica "Oda á Dios," ha sido traducida al japonés por orden del Emperador del Japón, y bordada con hilos de oro en un gran cuadro que conservan colgado y veneran en el templo de Yeddo, según nos refiere el Capitán Golowinin en la narración de sus "Aventuras en el Japón". Esta traducción apenas da una pálida idea del mérito de la obra original. Dershavin, poeta ruso muy distinguido, murió en 1816. (N. del T.)

Primero el caos, la existencia luego:
En Tí su base viva
Tiene la eternidad. Al sacro fuego
De tu divina voluntad brotaron
La luz y la armonía,
La vida, la belleza, la alegría,
Y tu gloria, tus obras proclamaron.
Tu palabra creadora
De tu magnificencia
Llenó la inmensidad que la atesora.
Fuente de luz, de vida y poderío,
Grande eres, eras y serás, Dios mío!

El universo entero encadenando
En orden infinito,
Le vivificas con tu aliento, atando
El fin con el principio; muerte y vida
Bellamente ofreciendo confundida.
Como centellas la chispeante llama,
Despide al raudo viento,
Así mundos sin fin, soles sin cuento
Tu palabra prolífica derrama.

Sublime, en tu loor, con luces bellas
Brilla el grandioso ejército de estrellas!
Millones de astros fúlgidos girando
Por el cóncavo inmenso del vacío,
Tus leyes realizando
Manifiestan, Señor, tu poderío.
Y cual lámparas bellas,
Su fulgor por la bóveda dilatan
De templo celestial, y con su pompa,
Con su esplendor el ánimo arrebatan,
;Qué grandor en tus obras respandee!
;Pero tu Ser, Señor, las oscurece!

Sí, cual en anecho mar líquida gota,
Tanta magnificencia
Se pierde en tí. ;Qué son cien mil planetas
Para tu Omnipotencia?
La inmensa muchedumbre
De soles, nebulosas y cometas,
Aunque multiplicada, y con la lumbre
de pura inteligencia revestida,
;Es más que un tenue átomo pesada
Con tu grandeza en la balanza? ;Acaso
Puede ser una cifra comparada
Con lo infinito? Qué soy yo, pues? ;Nada!

Nada! Mas un destello
De tu divina luz ha penetrado
También el pecho mío.
Sí, tu sagrado espíritu
En mi alma brilla, cual del sol un rayo
Brilla en la clara gota de rocío.
Nada! pero yo vivo,
Y en alas de la férvida esperanza
Hasta Tí me remonto,

Que en Tí respira mi alma, que se lanza
 Con alta aspiración al mismo asiento
 De tu divinidad. Señor, yo existo,
 Y, ¡oh dulce pensamiento!
 Sin duda existes Tú del ser sustento,
 Tú existes, sabiamente guiando todo.

A Tí, Señor, mi entendimiento guía,
 Mi corazón errante
 De la virtud conduce por la vía,
 Aunque tan sólo un átomo perdido
 En la honda inmensidad, soy todavía
 Algo hecho por tu mano omnipotente,
 Rango me has dado entre la tierra y cielo;
 Al borde mi estación de mortal ente,
 Del mundo espiritual en los umbrales,
 Cerca del reino de los inmortales.

De los seres finitos la cadena
 En mí termina. El eslabón viviente
 Soy, que materia con espíritu ata,
 Y es espíritu puro el fuerte lazo
 Que une la creación resplandeciente
 Con tu deidad, en misterioso abrazo.
 ¡Al rayo mandar puedo, y soy ceniza!
 Esclavo soy y altivo soberano:
 Un Dios, un vil gusano!

¿De dónde vine yo? Tras qué se agita
 Mi ser maravilloso incomprensible?
 Este barro que piensa, siente, ansía,
 Por su propia virtud ser no podría.
 Dios creador! Tu palabra y tu albedrío
 Mi ser ha concebido y realizado;
 De mi espíritu luz, y Señor miro,
 Un alma tu bondad y amor me han dado
 Para salvar de muerte el hondo abismo;
 Mandándola que vista
 El brillante ropaje
 De la inmortalidad, y que su vuelo
 Remonte más allá de nuestra esfera
 Hasta Tí, su Hacedor, allá en el cielo.

¡Oh dulces é inefables pensamientos!
 Aunque indignas de Tí mis concepciones
 Tu imagen siempre inflama
 En mi pecho profundas emociones;
 Y en fervidos acentos
 Su homenaje rendido
 Mi corazón á tu Deidad envía.
 Mi débil mente sólo así podría
 Sublime remontarse hasta tu alteza
 Ser bondadoso y sabio,
 En la creación lanzado,
 De tus obras admiro la belleza;
 Tu ley acato, Tu Deidad adoro;
 Tu Omnipotencia canto enajenado;
 Y aún al helar mi voz la muerte impía

Su último acento lanzará con lágrimas
 De ardiente gratitud el alma mía.

(Habaza.)

NOTAS.

ADRIANO PAEZ HA MUERTO.

Este sólo título basta para que los hombres de bien, los patriotas y amigos de la libertad, los que trabajan en favor de la justicia de los pueblos y los amantes de la gaja ciencia y de las letras en general, sientan en el alma la abrumadora pena que dejan tras de sí los seres que hallan en la tumba el ocaso de su talento privilegiado y en ella cesan para siempre las palpitaciones de su corazón, asiento de nobles y generosos sentimientos.

Sí, el anuncio solo de la muerte de Páez es un acontecimiento que hará que los hijos de hispanoamérica y aún los extraños dirijan su corazón hacia ese sepulcro que acaba de recibir los restos mortales del escritor é incansable propagandista liberal; de nuestra parte, consignaremos unas pocas palabras para el notable cartajenero, muerto en su aislamiento de "Vista Hermosa," último asilo, cercano á Bogotá, á donde le llevó su desgracia y desde donde, en estos últimos tiempos ha estado llamando la atención del mundo, ya por la aureola de gloria que le daban sus producciones literarias publicadas en "La Patria," "La Pluma" y en muchos periódicos más, de los cuales no era director, y ya también por esa corona de martirio ceñida á su frente por la ingrata naturaleza que envenenó las fuentes de la vida de aquel hombre que merecía pasar largos años sobre la tierra, cumpliendo, sin congojas ni dolores, con los altos deberes que le imponían su gran inteligencia y

su corazón de patriota distinguido.

El anuncio de "El Telegrama" de Bogotá, sobre la eterna desaparición de este ilustre colombiano, nos ha hecho sentir profundamente á todos los que lo admirábamos y lo queríamos; si bien es verdad que él, al reclinarse su pensadora cabeza en el sepulcro ha podido exclamar como el poeta florentino:

*Inveni requiem! Spes et fortuna,
valete!*

Ludite nunc allis.

Páez nació en Tunja en 1844 y desde muy joven ha sido redactor principal y colaborador de notables publicaciones. En París fué uno de los redactores de "El Americano," de Héctor Varela. En esa misma capital fundó el año de 74 la célebre "Revista hispano-americana," en la que, como en sus demás obras, manifestó brillante imaginación y delicado sentimiento.

En la carrera pública, Páez fué secretario de la Legislatura del Estado á que pertenecía; desempeñó algunos puestos judiciales y durante algunos años el Consulado de Colombia en el Havre.

Las inolvidables relaciones cultivadas, aunque de lejos, con Adriano Páez, nos traen á la memoria muchos recuerdos que vienen enlazados con los de otro querido amigo, á quien lloramos también muerto, Juan Montalvo, cuyas palabras sobre los méritos de Páez, nunca mejor que ahora conviene sean citados.

En 1880 decía con ese inimitable modo de decir peculiar suyo:—"Admiro el talento de Páez, su laboriosidad ejemplar, su ardiente americanismo; su corazón, su carácter, me admiran mucho más. Inteligencia es prenda común; cual más cual menos, como no somos tontos, á nadie le falta su poquito; prendas como las que adornan á Páez, son de todo punto raras. Para él no hay vanidad na-

cional, egoísmo, deseo de prevalecer sobre los otros: no existe el Táchira ni el Cárcel: Venezuela, Ecuador, Perú, Chile, Buenos Aires, son su patria tanto como Colombia. Donde brilla un ingenio allí está él á atizarlo con la sensata alabanza que nunca es adulación; donde palpita un corazón grande, allí está él á contar las pulsaciones de ese órgano del dolor, ese altar de los misterios del alma. Dije ahora poco que Nelson no había tenido idea del miedo: Adriano Páez no tiene idea de la envidia, no sabe lo que ello es: á lo menos ese cruel afecto no le carcome sus entrañas en medio de tantos otros martirios que le están santificando su desgracia. Censuras de Páez, no he visto: ese noble joven no nació para ser la pesadilla de nadie, sino de los tiranos: lo que veo á cada rato son apologías de hombres que á su juicio las merecen, laudatorias llenas de sensatez y buen gusto, fuera de las ocasiones en que se deja arrastrar por una fuerte preocupación imprimida en su pecho desde que era niño de letras.

Y al referirse Montalvo al mal que iba minando lentamente el organismo de Páez y que era la elefantiasis, le dirigía estas consoladoras y cariñosas palabras, que Páez las habrá leído con el corazón:

"Páez. . . . pobrecito! Adriano Páez. . . . Quisiera yo llevarlo á orillas del lago de Tiberiade, tierra de los milagros, é impetrar uno en su favor, á fuerza de lágrimas á los piés del todopoderoso. Padece, amigo, y sufre; sabes que entre padecer y sufrir va la propia diferencia que entre la necesidad y la virtud. Padecimiento es gravámen general: buenos y malos, todos padecen: sufrir no saben sino los hombres favorecidos por Dios con esa fuerza oculta que se llama paciencia. Paciencia es bon-

dad, paciencia es valor, paciencia es resignación; y estas virtudes sacan burla á la desgracia, porque sus golpes caen sobre diamante infrangible donde están grabados en caracteres luminosos los secretos de la gloria. Padezcamos, pero suframos: los que no saben sufrir, esos son los que padecen verdaderamente. "Niño has venido al mundo para padecer: padece, sufre y calla"; estas eran las palabras con que los antiguos mejicanos saludaban al recién nacido. Páez, Adriano Páez. . . . Un mundo de dolor pesa sobre él, y nada dice: Job se queja, Job levanta la voz al cielo: estotro Job está callado respecto de sus males porque considera que los del cuerpo no son nada: el espíritu es el de todo; y ese está puro en él, está blanco y transparente. Cuando sacuda los miembros que lo aprisionan, y, rota su cárcel, salga libre, ha de volar á la eternidad y ha de desaparecer en el océano de la luz infinita.

Y así y todo, trabaja Adriano Páez, trabaja incesantemente: el trabajo es una religión para él: corazón activo, inteligencia ardorosa, el movimiento es ley de su rica naturaleza: trabaja por Colombia, por América, por el mundo: Páez es hombre de inmenso mérito: si le sobrevivo, me he de poner luto por mi propia cuenta y como personero de mi patria."

Adriano Páez acaba, pues, de sacudir los miembros que lo aprisionaban y ha desaparecido en el océano de la luz infinita, de que habla Montalvo, quien no ha podido cumplir con su promesa de llevar luto por su propia cuenta y como personero del Ecuador; porque la muerte hirióle antes á él. Á los amigos y admiradores de ambos nos toca hoy llevar el luto en el alma por la eterna desaparición del ilustre ecuatoriano y del notable ingenio

de Colombia, á quien hemos recordado en estas breves líneas.

Tomado del "Diario de Centro-América."

—CENTENARIO.—Con motivo del centenario del ilustre General don José Antonio Páez, la prensa de Sud-América trae brillantes artículos relativos á los méritos y acciones del valeroso y distinguido guerrero, honra y gloria de nuestra raza hispano-americana. Aun cuando quisiéramos reproducir alguna de esas acabadas producciones del ingenio, impidiéndonlo las reducidas columnas de nuestro periódico. "El Fonógrafo" de Maracaiibo, redactado por el escritor don E. López Rivas trae un elegante retrato de "el héroe de las Quezeras" con este soneto al pie, obra del eminentísimo Andrés Bello:

Rompe el León soberbio la cadena
Con que atarle pensó la felonía,
Y sacude con noble bizarría
Sobre el robusto cuello la melena.

La espuma del furor sus labios llena
Y á los mugidos que indignado envía
El tigre tiembla en la caberna umbría,
Y todo el bosque atónico resuena.

El León despertó; temblad, traidores;
Lo que vejez creísteis, fué descanso;
Las juveniles fuerzas guarda enteras.

Perseguid, alevosos cazadores,
A la tímida liebre, al ciervo manso;
No insultéis al monarca de las fieras.

—UN PUEBLO RARO.—Un pueblo que vive siempre sobre el mar, y que no tiene más vivienda que sus embarcaciones, es una curiosidad.

Pero aumenta ésta cuando, además, ese mismo pueblo es quizá el único del mundo que no tiene leyes, ni gobierno.

El pueblo de que se trata existe realmente, y vive en la Tierra del Fuego, ó hablando con mayor propiedad, en el mar, que bate las escarpadas rocas que sirven de costas á aquel pedazo de tierra.

Vive en sus canoas, y se mantiene con el producto de la pesca y de la caza de las aves acuáticas. El acceso á la costa es muy difícil, y los fueguinos de aquella parte no van á tierra más que á buscar leña.

Practican la igualdad de una manera tan absoluta, que si le dan á uno un pedazo de tela, se apresura á hacerla pe-

dazos para que cada compañero suyo de tribu pueda tener uno. No permiten que nadie se enriquezca, ni se sobreponga á los demás.

En una palabra, practican el socialismo puro con un rigor, como no lo ha soñado siquiera el filósofo socialista más soñador.

De modo, que el pueblo tenido por más salvaje entre los salvajes, sin estudiar economía social, sin cátedras y sin historia, ha venido á practicar lo mismo que nuestros avanzados señalan como el ideal dentro de la perfección del mundo civilizado.

—FINAL DE UN PRÓLOGO.—Así termina Alejandro Dumas, hijo, el prólogo de su "Teatro completo":

Adios, querido lector. Ya no me resta, al publicar estas comedias, más que desear dos cosas; la primera es que las leas y que se te antoje volver á verlas cuando vuelvan á representarse; la segunda es que tengas tanto placer en leerlas y en verlas de nuevo como he tenido yo en escribirlas. Además, como no conviene dejar á un amigo á quien tal vez no vuelva á verse jamás sin hacerle algunas buenas recomendaciones, acepta las que aquí te ofrezco por añadidura, y ojalá te aprovechen tanto como me aprovechan á mí.

"Anda dos horas todos los días, duerme siete horas todas las noches, acuéstate, siempre solo, en cuanto tengas ganas de dormir: levántate tan pronto como despiertes y trabaja desde que te levantes. No comas más que mientras sientas hambre, no bebas más que mientras sientas sed, y siempre lentamente. No hables más que cuando es menester y no digas más que la mitad de lo que piensas; no escribas más que lo que puedas firmar; no hagas más que lo que puedas decir. No olvides nunca que los demás cuentan contigo y que tú no debes contar con ellos. No estimes el dinero ni en más ni en menos de lo que vale; es un buen servidor y un mal amo.

Desconfía de las mujeres hasta los veinte años, aléjate de ellas después de los cuarenta, no creés sin saber bien á lo que te comprometes, y destruye lo menos posible. Para mayor seguridad, perdona de antemano á todo el mundo; no desprecies ni aborrezcas á los hombres, no te burles de ellos demasiado,—

compadécelos. Piensa en la muerte todas las mañanas al ver la luz y todas las noches al entrar en la sombra. Cuando sufras mucho mira tu dolor cara á cara; en él hallarás consuelo y algo que aprender.

—ARTE PERDIDO DE SOLDAR EL COBRE.—En la herrería de los señores R. J. Casey y C^a, de Pittsburg, Pa., Estados-Unidos, se hicieron algunas experiencias hace poco por las cuales se demostró que el arte perdido de soldar el cobre se ha vuelto á descubrir. La soldadura del cobre era un arte muy conocido de nuestros antepasados y en la mecánica moderna se han gastado millones inútilmente, queriendo recobrar del pasado el secreto, del medio por el cual se pueden juntar dos pedazos de cobre presentando una unión tan perfecta como la de dos pedazos de hierro soldado. El valor económico de este procedimiento está en el hecho de que, aun por los mejores métodos conocidos hoy de los metalúrgicos, los recortes de cobre no se pueden utilizar económicamente por la dificultad que hay en soldar una gran cantidad de retazos de modo de formar un cuerpo homogéneo.

En las experiencias de las cuales hemos hablado arriba, en Pittsburg, se obtuvo una solución completa y práctica de un problema que hace siglos están queriendo resolver los trabajapores de metales. Después de aplastar una varilla de cobre de 9,50 milímetros de grueso se hizo con ella un aro abierto. Siguió en seguida la operación de empalmar que se hizo como de costumbre, y entonces el encargado de la operación, después de haber puesto un polvo en la unión, la soldó de una manera que al enfriarse dejaba ver una junta perfecta. Tomó después el aro que tenía 5,07 centímetros de diámetro y lo sometió á una tensión hasta que aumentó el diámetro de 1,9 centímetros.

Esta prueba que era mayor que aquellas á que se somete el hierro, probó conclusivamente que la junta era algo más que las soldaduras de latón que suelen hacer los caldereros del día. Se hicieron también otros experimentos y en cada uno de ellos se obtuvo el mismo resultado satisfactorio.

Este descubrimiento abre un nuevo campo para los fabricantes de artículos

de cobre, y es más que probable que harán una revolución completa algunos ramos de esta industria. Hoy en día para hacer un anillo de cobre para una junta, ó para un tomador, hay que cortar de una plancha sólida, desperdiándose mucho cobre.

Para componer tubos rotos ó defectuosos, se tiene que usar el latón, si la parte unida está expuesta á un calor intenso, el latón se funde arruinando el tubo. Por este nuevo procedimiento los obstáculos que había para el uso económico del cobre, quedan vencidos y, como dice el inventor, por el uso de una mezcla química cuyos ingredientes son muy baratos, los retazos de cobre que hoy no valen más que la tercera parte de su peso en cobre nuevo, valdrán tanto como el cobre nuevo en lingote.

—EN LA LITERATURA contemporánea, las obras de Julio Verne tienen uno de los mejores puestos. Este célebre novelista tan fecundo y variado, parece tener siempre por objeto pasear á sus lectores por todas las regiones del globo, siendo imposible encontrar un guía más sabio y más acertado.

Sus dos últimas obras publicadas el año próximo pasado, *Famille sans Nom* y *Sans dessus dessous*, son una prueba de lo que venimos diciendo. En esta última, Julio Verne se ha complacido en plantear uno de esos extraordinarios problemas que sabe hacer aceptables, á fuerza de semejanza científica. Se trata de enderezar el eje terrestre, cuya inclinación nos ocasiona todos los cambios de estaciones, y entonces poniendo en escena los hombres del *Gun Club*, el autor explica con una claridad prodigiosa los cambios espontáneos de que nuestro planeta sería el teatro inmediato si el sueño de los artilleros del *Gun Club* se realizase.

El otro libro, es, igualmente, una obra maestra. El Canadá, hoy día tan francés, le sirve de escenario; y, es sobre ese territorio inmenso en donde la colonización francesa sobrevive á la conquista inglesa, y en donde el recuerdo y el nombre de la Francia son siempre venerados, en que Julio Verne desarrolla las escenas variadas de un doble drama,—drama nacional y drama de familia.

Con Julio Verne, las escursiones más lejanas son fáciles y siempre atractivas. ¿No poseé acaso ese privilegio incomparable de cautivar la atención, gracias á sus ficciones encantadoras en donde el narrador se eleva á la altura del sabio? Y por eso se le sigue sin cansancio, y se llega con pesar al término del viaje.

MISCELANEA.

En la sección correspondiente se registra un artículo sobre la desgraciada muerte del literato colombiano Adriano Páez. Sin datos suficientes respecto á ese acontecimiento que lamentan las letras americanas, nos limitamos á asociarnos al profundo duelo que sufren todos aquéllos que pudieron apreciar los nobilísimos sentimientos de aquel adalid del progreso. Adriano Páez, según cuenta la fama, fué alma donde sólo se arraigaron la caballerosidad y la hidalguía, corazón que sólo palpité al impulso de ideas levantadas, carácter templado para sufrir con resignación las inclemencias y miserias que rodean á los buenos.

“La Juventud Salvadoreña” lamenta la desaparición del eminente y reputado escritor, y hace votos por su eterna felicidad.

Colaboración.—La señorita Josefa Carrasco, socio corresponsal de “La Juventud Salvadoreña,” regala hoy á nuestros lectores con una exquisita producción de su prometedora pluma. Por ella se llegará en conocimiento de que la escritora hondureña es una esperanza halagadora de la patria literatura y un estímulo poderoso para las de su sexo. Por lo sencillo, correcto y pulcro del lenguaje de la prosista, se llegará en conocimiento de lo que es y lo que será la poetisa, que al arrullo de los pinares ento-

na dulces canciones, con estro varonil, sin esa afectación de sentimientos tan corriente, entre nosotros, en las que se ensayan en el arte de la poesía.

La señorita Carrasco descuella en primer término entre las jóvenes que allá, en Honduras, cultivan la literatura, y creemos no equivocarnos al decir que, con el tiempo, la constancia en el estudio y la constancia en el escribir, llenará un distinguido puesto en el mundo literario, como Antonia Galindo, Luz Arrué de Miranda, Vicenta Laparra de la Cerda, y otras poetisas más, gala y gloria del Parnaso centro-americano.

Todas ó casi todas sus producciones las conserva inéditas en volumen considerable; pero tiene prometido enviarlas á nuestra redacción, para adorno de las páginas de "La Juventud," y cuando hayamos publicado algunas y los lectores tengan ya conocimiento de los méritos de la inspirada poetisa que hoy anunciamos como hija privilegiada de las musas, publicaremos un juicio crítico sobre dichas producciones literarias.

La señorita Carrasco, joven, muy joven, con una inteligencia clara y brillante, educación fina y sólida ilustración, está llamada á ocupar puesto de honor en el Parnaso centro-americano; y "La Juventud Salvadoreña" tiene á mucha honra contarla en el número de sus corresponsales.

Aniversario.— "La Juventud Salvadoreña" ha cumplido un año de existencia. La favorable acogida que ha tenido dentro y fuera de la República, los juicios bastante favorables y generosos que tanto la prensa nacional como la extranjera le han consagrado y la reproducción que se ha hecho de varias de las composiciones publicadas en sus columnas, han sido estímulos

poderosos, motivos de aliento que nosotros no hemos podido ver con indiferencia y á los cuales correspondemos ahora, manifestando nuestro reconocimiento y nuestra gratitud, en el primer aniversario de nuestra humilde hoja.

La nueva Junta Directiva de "La Juventud Salvadoreña" ha sido electa de la siguiente manera:

Presidente,	D. Doroteo Fonseca.
1 ^{er} Vocal	„ Rafael E. Chávez.
2 ^o „	„ Francisco Dueñas.
Tesorero,	„ Adrián García.
Fiscal,	„ Miguel Dueñas.
1 ^{er} Srio.	„ Juan Mena.
2 ^o „	„ Fidel Ant ^o Novoa.

También ha sido nombrado Administrador y Editor responsable de este periódico, el señor don Fermín Bayona, con quien en lo sucesivo se entenderán los agentes del mismo.

Causas independientes de nuestra voluntad, nos han impedido la publicación de los números correspondientes á los meses de junio, julio y agosto. Tal omisión en nada perjudica el derecho de los señores suscritores, pues los respectivos abonos se extenderán por tres meses más, ofreciendo en lo de adelante la más estricta puntualidad.

Nuestro colega y amigo don Lisandro Blandón será recibido dentro de poco como socio de número de nuestra sociedad. Su discurso versa sobre la utilidad de la Filosofía y examen del artículo 97 del Código Civil. Contestará el socio don Abraham Chavarría.